

IX

Las cartas de recomendación de los profesores Mas-Roussel, Remusot, Flache y Borriquel, escritas en los términos más lisonjeros para el doctor Pedro Roland, su discípulo, fueron presentadas por el señor de Marchand al Consejo de la Compañía transatlántica, y apoyadas por los señores Poulin, juez del Tribunal de Comercio, Lenient, rico armador, y Marival, adjunto del alcalde del Havre, amigo particular del capitán Beausire.

Aconteció que el médico de la *Lorena* no estaba aún designado, y Pedro tuvo la suerte de ser nombrado á los pocos días.

El pliego en que se le participaba le fué entregado por la criada Josefina, una mañana cuando acababa de lavarse.

Su primera emoción fué la del condenado á muerte, á quien se anuncia una conmutación de pena; sintió inmediatamente sus padecimientos aliviados por la idea de aquella partida y de aquella vida tranquila sobre el agua, siempre errante, siempre fugitivo.

Vivía en la casa paterna como un extraño, mudo y reservado. Desde la noche en que dejó escapar delante de su hermano el infame secreto que había descubierto, comprendió que había roto los últimos lazos que le unían á los suyos. Le devoraba el remordimiento de haber revelado á Juan su origen y se juzgaba odioso y malvado, sin embargo de que parecía que se le había quitado un gran peso desde que hubo hablado.

No encontraba nunca la mirada de su madre ni la de su hermano. Sus ojos habían tomado para evitarlo una movilidad sorprendente, y tenían astucias de enemigos que temen cruzarse. El seguía preguntándose: "¿Qué ha dicho su madre á Juan? ¿Ha confesado ó ha negado? ¿Qué piensa él de ella y qué piensa de mí?," No podía adivinar y se exasperaba. Apenas les hablaba más que delante de Roland, para evitar preguntas.

El mismo día que recibió la carta anunciándole su nombramiento la enseñó á su familia. Su padre, que tenía gran tendencia á alegrarse por todo, palmoteó. Juan contestó seriamente, pero lleno de alegría:

—Te felicito de todo corazón porque sé que había muchos pretendientes. Seguramente debes eso á las cartas de tus profesores.

Su madre bajó la cabeza, murmurando:

—Me alegro mucho de que lo hayas logrado.

Después de almorzar fué á las oficinas de la Compañía para enterarse de mil cosas, y preguntó el nombre del médico de la *Picardía* que debía partir el día siguiente, porque quería verle y pedirle detalles de su nueva vida y de las particularidades que debía encontrar en el barco.

El doctor Pirette se encontraba á bordo, y allí fué á buscarle, siendo recibido en un pequeño camarote por un joven de barba rubia que se parecía á su hermano.

Mientras hablaban detenidamente, se oía en las profundidades sonoras del inmenso barco una agitación grande, confusa y continua, formada por la caída de las mercancías que se estivaban en las bodegas, por las voces, por el movimiento de las máquinas que cargaban cajas, por los silbidos de los contramaestres y el ruido de las

cadenas arrolladas en los tornos, y por el aliento ronco del vapor que hacía vibrar un poco todo el cuerpo del buque.

Cuando Pedro dejó á su colega y se encontró otra vez en la calle le invadió una nueva tristeza, envolviéndole como esas brumas que corren sobre el mar y llevan en su impalpable fluido algo misterioso é impuro, como el soplo pestilente de tierras apartadas y malsanas.

Nunca en sus horas de gran sufrimiento se había sentido tan hundido en una cloaca de miseria. Era que había roto el último lazo; ya no le ligaba nada. Al arrancar de su corazón las raíces de todos sus amores, no había experimentado aquella sensación de perro perdido que entonces le invadía.

No era ya un dolor moral, sino el aturdimiento de un animal sin abrigo, una angustia material del ser erran-

te que no tiene ya techo, y á quien van á asaltar la lluvia, el viento, la tempestad, todas las fuerzas brutales del mundo. Al poner el pie en el barco, al entrar en aquel camarote balanceado por las olas, la carne del hombre que ha dormido siempre en una cama inmóvil y tranquila se había rebelado contra la inseguridad de todos los días futuros. Hasta entonces se había sentido protegido por el muro sólido, cimentado en la tierra que lo sostiene y por la certidumbre del reposo en el mismo sitio, bajo el techo que resiste el viento. Desde entonces todo lo que gusta arrostrar en el calor de la habitación cerrada iba á ser el peligro y el sufrimiento de todos los instantes.

No más suelo bajo los pies, sino la mar revuelta que ruga y que traga. No más espacio en torno suyo para pasear, correr, perderse en los caminos, sino algunos metros de tabla para

andar como un condenado en medio de otros prisioneros. No más árboles, jardines, calles, casas; únicamente el agua y las nubes. Y sentiría sin cesar moverse el barco bajo sus pies. Los días de tormenta tendría que agarrarse á los palos, á las bordas, á las cuerdas, á los bordes de su litera para no caerse. Los días de calma oiría la trepidación constante de la hélice, y sentiría huir el barco que le llevaba con una velocidad continua, regular, desesperante.

Y se encontraba condenado á esta vida de forzado vagamundo, únicamente porque su madre se había entregado á las caricias de un hombre.

Marchaba á la ventura, dominado por la melancolía desolada de los que van á expatriarse.

No sentía ya en el corazón ese desprecio altanero, ese odio desdeñoso á los desconocidos, sino un triste deseo de hablarles, de decirles que iba á de-

jar á Francia, de ser escuchado y consolado. Era en el fondo una necesidad vergonzante de pobre que va á tender la mano, una necesidad tímida y fuerte de encontrar alguien que sintiera su partida. Pensó en Marowsko. Sólo el viejo polaco le quería bastante para sentir una verdadera y profunda emoción, y el doctor decidió ir á verle.

Cuando entró en la tienda, el farmacéutico, que estaba echando drogas en un mortero de piedra, dejó su trabajo.

—No se le ve á Ud. nunca — dijo.

El joven explicó que había tenido mucho que hacer, sin revelar el motivo, y se sentó preguntando:

—¿Qué tal van los negocios?

No iban bien por cierto. La concurrencia era terrible y los enfermos pocos y pobres en aquel barrio de trabajadores. No se podían vender medicamentos como no fueran muy baratos, y los médicos no recetaban ya esos

remedios raros y complicados en que se gana el quinientos por ciento. El buen hombre añadió:

—Si esto dura tres meses tendré que cerrar la botica, y si no contase con Ud., mi buen doctor, ya me hubiera puesto á limpiar botas.

Pedro sintió oprimírsele el corazón y se decidió á dar el golpe de una vez, puesto que era necesario.

—¡Oh! Yo... yo no podré servirle á usted de nada, porque me marché del Havre á principios del mes que viene.

La emoción de Marowsko fué tan viva que se quitó los anteojos.

—Usted... Ud... ¿qué está Ud... diciendo?

—Digo que me voy, amigo mío.

El viejo quedó aterrado, sintiendo hundirse su última esperanza y se rebeló contra aquel hombre á quien había seguido, á quien amaba, en quien tenía tanta confianza y que también le abandonaba.